

Las metas educativas ante el nuevo panorama social y cultural de América Latina

Néstor López

INTRODUCCIÓN

Hay una tensión que impregna las agendas educativas de los países de América Latina: las demandas que recaen sobre las escuelas –y las expectativas que se tienen en torno a estas instituciones– son cada vez mayores, en momentos en que los avances en el campo de las políticas educativas parecieran ser más lentos y difíciles. Esta tensión es inevitable en sociedades que, como las nuestras, son crecientemente complejas.

Precisemos el primer punto: ¿qué quiere decir que las demandas educativas son cada vez mayores? Hay ya consenso en que en un mundo crecientemente globalizado, atravesado por las nuevas tecnologías de la producción y la comunicación, y donde las organizaciones están en permanente proceso de transformación, la inserción de las personas al mercado de trabajo y su relación con los sistemas productivos requiere cada vez más de mejores calificaciones y mayores competencias. Ello responde a la creciente dificultad de las distintas tareas que se llevan a cabo en cada ámbito laboral, como así también a las habilidades que hoy se ponen en juego para poder desempeñarse en el marco de instituciones con lógicas de organización y gestión más flexibles y desestructuradas.

Lo mismo ocurre cuando se pone la mirada sobre las implicancias que tiene formar hoy nuevos ciudadanos. Participar activamente en los diferentes ámbitos de la vida en sociedad, haciendo un ejercicio pleno de los derechos, exige a cada sujeto movilizar nuevos y mayores recursos cognitivos, capacidades y destrezas. Desde esta perspectiva, la educación queda posicionada cada vez más como un recurso habilitante irrenunciable; como suele enunciarse, es un derecho que hace posible el pleno ejercicio de los demás derechos. Finalmente, el acceso o no al conocimiento tiene una relevancia sin precedentes en la conformación de la subjetividad de las nuevas generaciones. Frente a la incertidumbre de nacer y criarse en contextos atravesados por los efectos de la globalización, signados por la ausencia de respuestas únicas o reglas de juego consensuadas, el acceso al conocimiento y a una visión integral del mundo es clave para la conformación de una identidad desde la cual armar un proyecto de vida. Podrían ampliarse así los ejemplos de situaciones de la vida en sociedad desde donde se va sintiendo la necesidad de más y mejor educación.

Esta creciente demanda social se materializa de muy diversas formas. Cada vez más se reconoce el carácter vital que tiene el conocimiento, consolidando la declaración de la educación como un derecho irrenunciable. Si bien hay una amplia tradición de trabajos que abogan por el reconocimiento de la educación como un derecho, en la década actual esta concepción tiene una presencia y un reconocimiento que pocas veces había logrado en la región. Ello no solo se hace visible en el plano discursivo, sino que se materializa en diferentes definiciones que toman los Estados de

la región. Por ejemplo, en un análisis de las nuevas leyes de educación de América Latina pudo apreciarse cómo los textos normativos nacidos en esta década convergen de modo creciente en enfatizar el reconocimiento de ese derecho, obligando a los Estados en su condición de garantes del mismo (López, 2007).

En el mismo sentido, y en gran medida como una interpretación de ese derecho, crece el consenso en declarar como obligatoria no solo a la educación básica o primaria –lo era en casi todos los países hace ya más de dos décadas–, sino además a la educación media. Por último, partiendo de la constatación de que el acceso a la escuela no es condición suficiente para acceder al conocimiento, se consolida en las últimas décadas el debate sobre la calidad de las prácticas educativas, hecho que se materializa en diversos programas de calidad y en las pruebas correspondientes.

Estamos ante un nuevo escenario regional que propone desafíos inéditos, tanto a los sujetos como a las sociedades en su conjunto, cuyo abordaje apela a una mejor educación, una respuesta nueva y diferente desde los sistemas educativos. Frente a este nuevo escenario, son múltiples las señales que indican que se están haciendo esfuerzos para poder hacer frente a esta expectativa, destacándose entre ellas las que representan definiciones de políticas desde los Estados de la región.

Ya no alcanza con que todos los niños tengan la oportunidad de ingresar en la escuela. La expectativa hoy es que además permanezcan en ella, logren completar el nivel medio de enseñanza y –como resultado de esa experiencia– aprendan. El principio de justicia que orienta las políticas educativas actuales se fue transformando gradualmente desde la igualdad de oportunidades educativas hacia la igualdad en los aprendizajes.

Ahora bien, ¿por qué se afirma, además, que estamos en momentos en que los avances en el campo de las políticas educativas parecieran ser más lentos y más difíciles? Hay un dato objetivo que merece ser destacado: el ritmo de expansión de los sistemas educativos está decreciendo de un modo que requiere especial atención. El Informe sobre Tendencias Sociales y Educativas de América Latina que publicó el SITEAL en el año 2008 muestra cómo descendió el ritmo anual de crecimiento de las tasas de escolarización de los niños y adolescentes de 5 a 17 años de edad. Puntualmente, el informe destaca que “en la década actual la tasa anual de crecimiento de la escolarización por edades es menor –para todos los grupos de edad– que en la década pasada. En el caso específico de los adolescentes, durante la década de 1990 el ritmo de expansión de la cobertura fue superior al 2% anual, en tanto que actualmente es inferior al 0,5%. Si bien esta desaceleración del proceso expansivo se da en todas las edades, hay que destacar que es más pronunciada entre los adolescentes. Así, mientras que en los niños en edad de educación inicial la tasa de crecimiento actual en esta década representa un 55% de la correspondiente en la década pasada, entre los niños en edad de cursar la educación primaria este valor se reduce al 30%, y entre los adolescentes, al 20%” (SITEAL, 2008).

Este dato adquiere relevancia cuando puede apreciarse, en la información que presenta el mismo informe, que esta desaceleración se produce en momentos en que aún se está muy lejos de universalizar el acceso al conocimiento: en América Latina, poco más de la mitad de quienes tienen 20 años de edad no lograron terminar el nivel medio, y –peor aún– todavía existen regiones donde una parte importante de ellos son analfabetos.

¿Por qué ocurre esto? Hay sin duda aspectos constitutivos de la historia de América Latina que están presentes en estas expresiones de la exclusión educativa que hoy persiste en la región. Pero

también puede verse que a estas dificultades estructurales se suman los desafíos que resultan del momento de cambio económico, social y cultural que se vive hoy en la región, cambios que al mismo tiempo ofrecen grandes oportunidades, pero impregnan al panorama de mayor complejidad. Este mismo escenario que nos lleva a exigir más y mejor educación es el que nos plantea nuevos retos y desafíos para poder lograrla.

Este capítulo se propone plantear algunas hipótesis orientadas a dar mayor comprensión a aspectos de la vida social, económica o cultural de la región que entran en juego en esta tensión, con el propósito de hacer un aporte al debate en torno a las políticas sociales y educativas que puedan dar respuesta a esta demanda de más y mejor educación. La idea fundamental que subyace a este ensayo es que transformaciones propias de la dinámica económica y social que se están viviendo en el conjunto de las sociedades modernas en las últimas décadas se materializan en América Latina sobre una base de desigualdades y exclusiones, generando de este modo un escenario muy particular, que propone desafíos que son propios de la región y que no pueden estar ausentes en el diseño de una agenda de políticas públicas orientadas a garantizar la universalización del acceso al conocimiento.

EL PANORAMA EDUCATIVO ACTUAL

Un repaso por los principales indicadores educativos permite establecer un ligero panorama de la situación en América Latina. En primer lugar, puede afirmarse que, en líneas generales, el acceso y la permanencia en la educación primaria está cerca de su universalización. Casi la totalidad de los niños de la región logra ingresar en ella, y es muy alto el porcentaje de quienes logran terminarla. Un factor que fortaleció esta expansión de la cobertura en la educación primaria es la masiva incorporación de los adolescentes a las escuelas, fenómeno que se verificó especialmente durante la década pasada. Si bien ello redundó en la expansión de la escuela media, en aquellos países con más bajos niveles de escolarización este proceso se tradujo en la oportunidad de que completen el nivel básico. Un segundo factor que favoreció los niveles de cobertura en la educación primaria es la expansión que se registró en los últimos 15 años de la matrícula en el nivel inicial de enseñanza. Si se toma en cuenta a los niños de 5 años de edad, la mayoría de los países de la región tienen tasas de escolarización superiores al 50%, y en diez de ellos ya supera el 75%. Sin duda, esta tendencia a escolarizar a los niños más tempranamente redundó en una fuerte reducción del ingreso tardío al nivel primario, mejorando significativamente la *performance* en ese nivel. El nivel medio de enseñanza es, en cambio, el gran desafío que debe enfrentar la región. Si bien durante las dos últimas décadas hubo una gran incorporación de los adolescentes a las escuelas medias, aún son menos de la mitad quienes logran completar ese nivel.

Es precisamente un análisis de las tendencias recientes lo que permite construir un panorama más claro de los desafíos actuales en educación. En primer lugar, lo que se percibe en el conjunto de la región es una reducción de las desigualdades sociales en el acceso a la escuela. Los mayores ritmos de expansión de la matrícula se dieron entre los sectores históricamente desvinculados de las prácticas educativas: quienes provienen de familias en condición de pobreza o marginalidad, quienes viven en contextos rurales, y los niños o adolescentes pertenecientes a comunidades indígenas o afrodescendientes. También, como ya se señaló, fue más intenso el ritmo de crecimiento en las edades correspondientes al nivel inicial y al medio, elevándose de este modo el promedio de años que las nuevas generaciones permanecen escolarizadas. Por último, este proceso de expansión se vio acompañado, en términos generales, por sensibles mejoras en los indicadores de repitencia y sobre edad.

¿Dónde aparecen los principales desafíos? Tal como se señala en la introducción, estas tendencias positivas de expansión de la matrícula, reducción de las disparidades y mejora en los indicadores de eficiencia interna pierden ritmo. El Informe SITEAL 2007 analiza estas tendencias en detalle y deja instalada la preocupación respecto a que pesa sobre los sistemas educativos de la región la amenaza del fin de la expansión de los sistemas educativos. En aquel informe ya se concluía que, si no logra revertirse esta gradual desaceleración, quienes quedarán fuera del sistema educativo serán nuevamente los grupos más postergados, aquellos mencionados recién como los grandes ganadores de los procesos de expansión.

Esta desaceleración se da en momentos en que aún hay una gran deuda educativa en la región. Las desigualdades educativas no solo son aún muy profundas dentro de cada país, sino que además persisten grandes desigualdades entre los países de la región. Así, coexisten países con niveles de integración educativa muy avanzados, como Cuba, Chile o Argentina, con otros con tremendas dificultades para avanzar aun en la universalización de la educación primaria, como ocurre en Guatemala o Nicaragua. Por último, hay en la región zonas en las que los logros educativos son nulos. Así, en el Informe SITEAL 2008 se presentan áreas de América Central donde casi uno de cada tres adolescentes son analfabetos.

Las deudas históricas en el campo educativo son profundas, y el avance hacia su solución se vislumbra complejo. Más aún cuando a estas tradicionales demandas de acceso y permanencia se suman otras nuevas, que tienen que ver con la capacidad de formar a las nuevas generaciones para un desempeño pleno en estas complejas sociedades. Los países de la región deben enfrentar simultáneamente las demandas educativas postergadas de los sectores de menores ingresos y las demandas para satisfacer las nuevas exigencias de los sectores integrados. No estamos, por lo tanto, en una situación donde solo se expresan las demandas insatisfechas de los sectores que no han podido tener acceso a un servicio estable, sino ante otras que provienen también de los sectores que ya han logrado acceso a él y ahora exigen su transformación. En contextos de este tipo, caracterizados por un exceso de demandas, parece inevitable tomar decisiones en las cuales para satisfacer a algunos se postergan los requerimientos de otros. Como todas las demandas son urgentes y legítimas, ningún sector está dispuesto a postergar las suyas. La pugna por obtener los escasos recursos disponibles asume, de esta manera, características poco racionales desde el punto de vista de los intereses generales y de largo plazo (Tedesco López, 2002).

Esta realidad contrasta fuertemente con la meta de universalización del acceso a un conocimiento pertinente para el desempeño en este nuevo siglo. El camino que hay por recorrer desde la situación actual hacia el logro de un proyecto regional de inclusión educativa es largo y requiere de un gran esfuerzo. Implica poner en juego voluntades políticas, recursos, sensibilidad a los nuevos problemas y capacidad de desarrollar nuevas respuestas.

Muchas de estas respuestas deberán buscarse dentro del aula. El nuevo escenario regional impone un gran desafío a la pedagogía y a la didáctica: ¿De qué modo educar en contextos atravesados por los nuevos procesos migratorios? ¿Cómo educar a las nuevas generaciones de adolescentes hasta ahora olvidados por los sistemas educativos? ¿Qué modelo institucional resulta de la incorporación de las nuevas tecnologías en las prácticas educativas? Preguntas como estas son cada vez más recurrentes y tienen que ver con la necesidad de dar respuesta al desafío de educar a grupos de niños y adolescentes muy diferentes a los tradicionales alumnos de nuestras escuelas.

Otras respuestas deberán buscarse a partir de una observación cuidadosa de lo que pasa fuera del aula, en el contexto en que se llevan a cabo las prácticas educativas, un contexto cambiante, aún poco descifrable, cuya comprensión será vital, también, para entender qué es lo que pasa dentro del aula. De las múltiples dimensiones de la vida social, económica o cultural que hacen a esos contextos educativos, se centrará aquí la atención en algunos que son inevitables, en tanto hacen a la especificidad de la región, le dan su identidad, su impronta.

LAS BASES DEL BIENESTAR

Una idea que subyace a los diferentes proyectos educativos vigentes en la región es que todos los niños y niñas deben permanecer en las escuelas entre 10 y 13 años (depende del ciclo de obligatoriedad vigente en cada país). Es mucho lo que se debate hoy en torno al desafío que este horizonte representa para los sistemas educativos, pero suele subestimarse el esfuerzo que implica para cada niño y su familia. Para que un niño pueda completar exitosamente la trayectoria educativa esperada, es necesario un nivel aceptable de bienestar en su familia, el cual hace posible que se dé a su educación la prioridad que merece. Este bienestar le permitirá concurrir a clases bien alimentado, saludable y descansado, que pueda dedicar la mayor parte del tiempo –durante años– a su educación, y que no recaigan sobre él responsabilidades que tienen que ver con la supervivencia y el funcionamiento básico de su hogar.

¿Cómo se construye el bienestar necesario para que este proyecto educativo sea posible? En los países de América Latina la principal y casi única fuente de recursos que las familias tienen para generar bienestar es el mercado de trabajo. La probabilidad de que un niño o un adolescente tengan garantizado un nivel aceptable de vida que permita dar prioridad a su educación depende, casi exclusivamente, del modo en que sus familias se articulen con el sistema productivo, es decir, de la inserción laboral de los miembros de su hogar.

Ahora bien, como se destacó en el Informe 2007, “del total de la población con edades entre 25 y 60 años de la región, tres de cada cuatro trabaja o busca trabajar, conformando lo que se conoce como población económicamente activa. Entre ellos, solo dos de cada tres logra insertarse en el sector formal de la economía. Esto es, las economías de la región dejan sin lugar a una de cada tres personas adultas con voluntad de trabajar. Es este, tal vez, uno de los indicadores más significativos que se pueden encontrar de las dificultades que tienen las familias para consolidar las bases de un bienestar mínimo. En las sociedades latinoamericanas se vive la profunda paradoja de que se necesita cada vez más de la inserción al mundo del trabajo para poder acceder a recursos básicos para la vida cotidiana, y el mercado de trabajo solo da oportunidades a dos tercios de la población. ¿Qué ocurre con aquellos que no logran insertarse en el mundo del trabajo? Hay básicamente dos opciones: o se integran al sector informal de la economía –generando su propia ocupación, sumándose a la venta callejera de productos o trabajando en establecimientos precarios de baja productividad– o quedan desocupados. En los hechos, en América Latina el 85% de quienes no logran insertarse en el sector formal de la economía se refugian en el informal, y el 15% permanece desocupado” (SITEAL, 2007).

Aquel informe avanza en el análisis de esta situación, mostrando las diversas formas que adquiere este complejo mundo del trabajo en los distintos países de la región, y termina mostrando que en cada uno coexisten familias vinculadas a los sectores más productivos de la economía –con ocupaciones en las empresas líderes de la región– con otras dependientes de puestos de baja

remuneración en pequeñas empresas locales, con quienes están en los márgenes de la informalidad, o quienes no tienen relación alguna con el sistema productivo. Las trayectorias educativas de los niños o adolescentes de estas familias son, sin duda, muy diferentes. En el primero de los casos, seguramente terminarán la educación secundaria para continuar en una institución universitaria. En el último, difícilmente terminen la primaria.

El carácter limitado y excluyente de las economías, y su coexistencia con mercados informales u otras formas precapitalistas de producción y circulación, son un rasgo constitutivo de la identidad de América Latina. En él tienen raíz las profundas desigualdades que hoy existen en la región. Pero, frente a ese rasgo estructural, el creciente debilitamiento de la capacidad de los Estados de orientar los procesos económicos y sociales, y la mayor participación de las lógicas de mercado en la distribución de oportunidades no hacen más que sumar dificultad, al dejar a los sectores más marginados sumamente desprotegidos, volcados a jugar en una competencia donde su suerte de perdedores está casi garantizada. Los procesos de desregulación que están en la base de la integración global no hicieron más que profundizar estas desigualdades estructurales, debilitando los mecanismos de integración social y profundizando aquellos de exclusión.

¿Cómo avanzar hacia la inclusión educativa en una región donde no está garantizada la inclusión social? Pensar en metas a mediano plazo que promuevan la universalización del acceso al conocimiento remite inevitablemente a la necesidad de abordar esta cuestión, instalando la preocupación por el bienestar de las familias como una dimensión central del proyecto. En esta región, un proyecto educativo es sin duda un proyecto que trasciende a las políticas educativas y apela a una visión integral de la cuestión social.

DESIGUALDADES SOCIALES Y MIGRACIÓN

Es recurrente la referencia a que América Latina es la región más desigual del planeta. Como ya se ha señalado, estas desigualdades son históricas y responden a una fragmentación de las sociedades de la región que tiene raíz en sus orígenes. Sobre esas desigualdades estructurales, los cambios que se derivan de la globalización de las economías no hicieron más que profundizarlas. La OIT acaba de publicar un informe que reafirma este aspecto; allí destaca que “entre principios de los años noventa y mediados de los 2000, en cerca de las dos terceras partes de los países para los cuales hay datos disponibles, el ingreso total de los hogares de altos ingresos se expandió con mayor rapidez que el de los hogares de ingresos medios y bajos. Se observan tendencias similares en otras dimensiones de la desigualdad de ingresos, por ejemplo, los ingresos laborales en relación a los beneficios, o los salarios de más alto nivel en relación a los sueldos de los trabajadores. En 51 de los 73 países para los cuales existen datos, la masa salarial en proporción de la renta nacional disminuyó en las últimas dos décadas. Además, durante el mismo período, la diferencia entre el 10 por ciento de los asalariados con ingresos más altos y el 10 por ciento con los más bajos aumentó en 70 por ciento de los países para los cuales hay información. Este fue un período de crecimiento económico relativamente rápido y de creación de empleo sostenida. En 2007, el empleo mundial fue casi un tercio más alto que en 1990. Pero el período de expansión que finalizó en 2007 fue más beneficioso para los grupos de altos ingresos que para los de ingresos medios y bajos”. A lo largo del informe se hace referencia explícita a cómo estas desigualdades se profundizaron más en América Latina. Por ejemplo, la reducción más significativa de la relación entre la masa salarial y el PIB se produjo en esta región (-13 puntos porcentuales), seguida por los países asiáticos y del Pacífico (-10) y las economías avanzadas (-9) (OIT, 2008).

Los efectos de estas crecientes desigualdades sobre las prácticas educativas son múltiples. En principio, en ellas se apoyan las desigualdades educativas que pueden registrarse hoy en la región. Cuando se analizan los factores que subyacen a las diversas trayectorias educativas de niños y adolescentes de diferentes grupos sociales, estas desigualdades estructurales aparecen recurrentemente en el centro de las indagaciones. Los déficits en la situación educativa de aquellos que viven en las zonas rurales, de los pueblos indígenas, de quienes están en las zonas urbanas marginales o de los grupos más pobres encuentran su fundamento en estas profundas desigualdades propias de la región.

Pero, además, estas desigualdades están en la base de otros fenómenos que también son constitutivos de la identidad social de América Latina, que se fueron profundizando en los últimos años y que impactan significativamente sobre las prácticas educativas. Tal vez el más relevante es, en estos momentos, la migración de millones de personas como estrategia para aminorar los efectos de estas desigualdades en las oportunidades. Cuando las desigualdades se profundizan y se materializan en el territorio, inevitablemente comienzan los desplazamientos de pueblos enteros, de miles de familias que buscan un nuevo escenario donde poder llevar adelante su proyecto de vida. El Informe SITEAL 2008 destaca que el carácter generalizado de los procesos migratorios hace que sus efectos estén presentes en la vida cotidiana de la gran mayoría de las familias, más allá de su experiencia personal. Hoy es un fenómeno que afecta a todos; en tanto se hace visible la opción por cambiar de escenario, está en el imaginario de todos, independientemente de cuán efectiva sea su viabilidad. Adquirió en la región una relevancia tal que no puede quedar ausente en la agenda política actual.

En aquellas regiones expulsoras de población, de las cuales las familias se van en busca de mejores oportunidades, se desdibuja cada vez más el sentimiento de pertenencia con la comunidad, la sensación de formar parte de ella. Allí se percibe un cambio en el modo en que las personas se relacionan con el espacio local, aquel lugar en el que viven, en la medida en que para ellas deja de ser el escenario en el cual diseñar un proyecto de futuro.

El proyecto local es un proyecto basado en el vecindario, que cuenta con aquellos con los que se convive. Los incorpora, invita a invertir y construir infraestructura e institucionalidad en el propio escenario que se habita. El proyecto global, en otra ciudad o en otro país, es en cambio un proyecto individual en el cual cada uno trata de llevarse lo más que puede del contexto en que vive. Los escenarios expulsores son, de este modo, escenarios con los que inevitablemente en algún momento quien planea irse debe pelearse, diluyéndose así en las representaciones o expectativas de sus habitantes. Los espacios desde los cuales las familias intentan irse sufren de este modo un cambio en el plano de las subjetividades, visible en el modo de imaginar el futuro y, consecuentemente, en un renunciamiento a todo aquello que las retenga al lugar de origen. Sin duda, aquella pelea necesaria para poder irse se deriva habitualmente en la reconciliación implícita que se ve en aquellos emigrantes que añoran e idealizan su tierra de origen.

Por el contrario, en aquellas zonas receptoras de corrientes migratorias es posible observar el crecimiento demográfico sin una planificación ordenada, la estigmatización del migrante y su discriminación, y la reproducción, en los migrantes, del círculo de la pobreza. En estas comunidades el migrante queda asociado a la creciente inseguridad, al incremento de la desocupación e incluso a la saturación de los servicios públicos de salud y educación, convirtiéndolo así en un otro amenazante y desenlazando un nuevo enfrentamiento entre distintos grupos que coexisten en un mismo espacio social.

Estos cambios en las representaciones relacionadas con el lugar en que se vive y las reconfiguraciones sociales que adquieren connotaciones conflictivas se reflejan inevitablemente en las aulas. La desintegración de los hogares, la falta de la figura paterna o materna y las nuevas configuraciones familiares generadas por la migración son algunos de los factores mencionados habitualmente por los docentes para explicar las mayores dificultades educativas en los niños expuestos a estas situaciones. Se suman además aquellos casos de mala alimentación (cuando se esperan las remesas del exterior y estas no llegan) o de niños y jóvenes que quedan al frente del hogar y deben incorporarse el mundo del trabajo, con las importantes consecuencias que esto acarrea en términos de su educación.

Pero la dificultad mayor radica, tal vez, en las nuevas subjetividades que se comienzan a configurar cuando el proyecto migratorio es parte de la vida cotidiana, cuando se nace y se crece con el deseo puesto en irse. En ciertas culturas juveniles, “cruzar la frontera” y volver ya forma parte de los rituales de iniciación, de formas de ganar prestigio en el grupo. Tal vez el aspecto más novedoso que aparece en el análisis de los procesos migratorios es que el fenómeno migrante se origina primero como producto de un modelo de exclusión, pero luego se institucionaliza, deviene cultural, y ya nadie se cuestiona en torno a él; comienza a formar parte del universo simbólico de la comunidad.

Hay un interrogante que queda instalado, tanto entre quienes educan en escuelas ubicadas en zonas expulsoras como en aquellas que están en las zonas receptoras de migrantes: ¿A quiénes están educando? ¿A quienes están formando las escuelas de los contextos expulsores? Hay quienes señalan que la mayoría de los jóvenes terminan la secundaria, pero terminan y se van. En otros casos, el niño o el adolescente suele irse antes de llegar a la secundaria. Pero, en ambos casos, en última instancia esas escuelas educan para irse. ¿A quiénes están educando las escuelas de los contextos receptores? Las escuelas están ante el riesgo de que la educación institucional pueda convertirse para los inmigrantes, y especialmente para sus hijos, en un medio de desarraigo de la propia cultura. En consecuencia, los docentes se ven frente a la responsabilidad de evitar que la integración social y política no les suponga el menoscabo o la renuncia de su cultura originaria.

En un caso o en el otro, la presencia que tiene actualmente la cuestión migratoria en la vida diaria de los sectores más postergados se refleja en la dinámica de las escuelas, y es un factor que no puede pasar inadvertido cuando surge la pregunta sobre quiénes son los alumnos a los que hay que educar, qué expectativas tienen, qué esperan de la educación, y cómo establecer un diálogo y una comunicación que permita que su paso por la escuela sea una oportunidad de aprendizaje y crecimiento. Para las escuelas, queda el desafío de transitar el camino que lleva desde administrar los procesos migratorios como un factor que desestabiliza y desestructura las prácticas educativas hacia integrarlos como una experiencia enriquecedora en el proceso de formación de los nuevos ciudadanos (SITEAL, 2008).

LA DIVERSIDAD CULTURAL

Es posible afirmar que hoy América Latina es una región cada vez más heterogénea desde el punto de vista cultural. Desde ya que en esta afirmación no se desconoce que siempre lo fue, que la diversidad cultural es constitutiva de la identidad de esta región; a los centenares de pueblos originarios se sumaron las masivas migraciones que provenían primero desde la península Ibérica y luego desde otros países de Europa. Paralelamente ingresaron millones de africanos que fueron traídos como mano de obra esclava para trabajar en la explotación de los recursos naturales de

la región. Siglos después, caudalosos flujos migratorios desde Asia terminaron de configurar un escenario signado por una gran diversidad de culturas que coexisten, en algunos casos en forma pacífica, en otros no tanto.

La afirmación respecto a que la región es más diversa que nunca desde el punto de vista cultural parte del reconocimiento de esta diversidad histórica, pero suma dos fenómenos recientes que profundizan esta complejidad cultural. En primer lugar, no debe desconocerse que el tratamiento de esta diversidad es relativamente nuevo como problemática que se aborda desde las políticas sociales y educativas. Hasta hace pocas décadas, el tema de la diversidad cultural estuvo casi ausente en la agenda y cuando aparecía era, en general, para desarrollar acciones tendentes a neutralizarla, si no eliminarla.

Como parte de la nueva dinámica de las relaciones sociales en la región, reaparece el tema de la diversidad en las agendas políticas, desde un lugar de fuerte valorización y reconocimiento como riqueza cultural. Son múltiples los factores que pudieron estar en la base de este reposicionamiento de la diversidad cultural en la agenda pública. Entre ellos cabe mencionar al menos tres. El primero, que pone la atención en el plano discursivo, remite a la mayor presencia de la declaración de los derechos del hombre en la base de las normas y del diseño de las políticas vigentes en la región, hecho que crea un clima propicio desde el cual avanzar hacia ese reconocimiento de las múltiples culturas que conviven en la región.

El segundo se basa en un hecho histórico, que tiene que ver con levantamientos de pueblos indígenas que tuvieron lugar en las dos últimas décadas en diferentes países de la región. Si bien no son nuevos estos conflictos, cabe pensar que sí hay nuevas claves de interpretación de los mismos que los llevan hacia un tratamiento político diferente. Por último, se incrementaron significativamente los espacios de interacción de las diferentes culturas, a partir de la masificación de las nuevas tecnologías de la comunicación, o como resultado de los flujos migratorios antes mencionados, que imponen a la vida cotidiana el carácter intercultural de nuestras sociedades de un modo sin precedentes en la región. Se convirtió hoy en una realidad imposible de invisibilizar. Así, un hecho que es constitutivo de la historia y la identidad de la región es nuevo en la agenda pública, representa un desafío frente al cual aún hay escasas experiencias exitosas, donde aún es mucho lo que hay por aprender.

Pero además hay otro aspecto de la vida social y cultural de la región que invita a destacar su creciente diversidad: el surgimiento de las nuevas culturas urbanas, identificadas como tribus por algunos estudiosos, que expresan la multiplicidad de configuraciones en torno a las cuales los adolescentes y jóvenes configuran su identidad. “Bloggers”, “technos”, “skaters”, “cumbios”, “new romantics” o “emos” conviven en las grandes ciudades, con referentes y consumos culturales sumamente diversificados, mostrando una gran heterogeneidad y segmentación en el mundo de las nuevas generaciones. De este modo, esta histórica diversidad cultural propia de la región entra hoy a la agenda pública, generando nuevos desafíos en el campo de las políticas de integración social y educativa, y se suma a ello una creciente complejidad del mundo de los adolescentes, actores prioritarios en el proyecto de universalización de la educación secundaria.

Como se ha señalado antes, la principal deuda que tienen nuestros sistemas educativos está en la educación secundaria. Es allí donde aún persisten los niveles de desescolarización más altos de la región. Ahora bien, cabe destacar que los significativos avances que se fueron registrando en el proceso de expansión de la matrícula en este nivel fueron posibles en la medida en que se fueron

incorporando a las aulas adolescentes provenientes de grupos sociales históricamente ajenos a ellas. De este modo, instituciones que históricamente fueron selectivas en su concepción debieron sumarse hoy a un proceso de inclusión y universalización que las expone, como nunca, a esta creciente diversidad cultural de nuestras sociedades.

El Informe SITEAL 2008 muestra que, cuando se analiza el origen social de los adolescentes desescolarizados, solo la mitad proviene de hogares pobres. Ello contrasta con lo que ocurre entre los niños en edades de estar en la escuela primaria: entre ellos los desescolarizados son en su mayoría pobres. Es decir, los problemas en el acceso al bienestar no alcanzan para comprender los obstáculos al proceso de universalización de la educación media. Sin duda, es aquí donde el tema de la diversidad de identidades y culturas desde las que provienen estos alumnos que por primera vez llegan a las aulas pasa a representar uno de los grandes desafíos que deben enfrentar hoy los sistemas educativos de América Latina.

LOS DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN EN LA REGIÓN

Hay rasgos constitutivos del panorama social y cultural de la región que permiten explicar la profunda deuda educativa que se tiene hoy, aún con las nuevas generaciones. Entre ellas se destacan en este texto algunas de las más relevantes. Por un lado, una dificultad histórica por lograr integrar socialmente al conjunto de la población. Limitaciones estructurales de los sistemas productivos se conjugan con grandes desigualdades desde donde competir por espacios en el mundo del trabajo, marcando un claro límite entre los que tienen posibilidades de inclusión y quienes no. Asociadas a esta fragmentación social se fueron configurando desigualdades que ponen a la región en el lugar de la más inequitativa del planeta en la distribución de su riqueza. Por último, una profunda diversidad cultural, que sumó complejidad a los múltiples mecanismos de estratificación y exclusión vigentes hoy en América Latina. Todos estos factores se entrelazan, configurando un escenario sumamente difícil de moldear, un objeto huidizo a las fuerzas de las tradicionales políticas sociales y educativas. Sobre ese escenario comenzaron a tomar forma cambios y transformaciones propios de la globalización. Así, fenómenos hoy vigentes en el conjunto del planeta adquieren en la región carácter propio, profundizando su identidad.

Aquí se ha optado por centrar la atención en tres fenómenos en particular: la desregulación de los procesos económicos y sociales, los flujos migratorios que se desprenden de las profundas desigualdades sociales y territoriales, y la irrupción de la diversidad cultural en la agenda política y en el escenario urbano. Estos tres fenómenos representan un ejemplo de una lista mucho más amplia de cambios que se van acumulando y que van sumando complejidad a un ya complejo escenario. Podría agregarse el debilitamiento de los lazos sociales y la crisis de cohesión que se va instalando en la región, las nuevas formas de violencia asociadas a este deterioro del entramado social, las nuevas tecnologías en la cotidianidad de los niños y los adolescentes, la masificación de prácticas culturales y de consumo impensables hace pocas décadas.

Lo cierto es que estos cambios puestos en juego en una región en la que las desigualdades y la fragmentación social son constitutivos de su identidad, lejos de facilitar procesos de integración económica y social, configuran un escenario mucho más difícil, en el cual es necesario repensar las políticas que se deben llevar adelante para poder transformarlo. Es esta complejidad la que lleva a demandar más y mejor educación, y la que al mismo tiempo corroe la capacidad de las políticas para dar respuesta a esta demanda.

El gran desafío que enfrenta hoy la región para poder avanzar hacia una educación de calidad para todos es el de poder saldar la deuda histórica que hay en términos educativos, y dar respuesta además a las nuevas demandas que surgen de este nuevo y difícil escenario. Los instrumentos clásicos de política social y educativa están llegando a su límite, su eficacia decae década tras década. Para avanzar hacia una meta de inclusión educativa integral se impone la necesidad de identificar nuevas estrategias, que partan de un profundo conocimiento de este complejo escenario y que puedan capitalizar sus recursos y su especificidad como insumos de políticas que logren romper con esta amenazante desaceleración de los logros educativos.